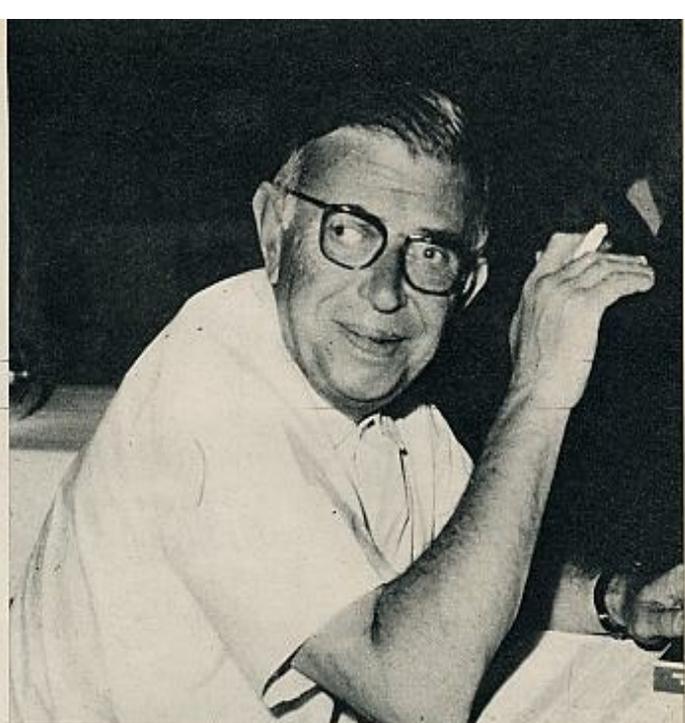


**D**ESDE la enunciación de su teoría del «compromiso» hasta hoy, la ejecutoria de Jean-Paul Sartre ha estado jalonada de «tomadas de partido». Su perfil público nunca aparece desprendido del contexto sociopolítico, su «engagement» es total. Pero todos estos términos hay que entenderlos en función de la radical independencia del pensador, de su antidogmatismo sistemático, de su poderosa e indeclinable vocación crítica.

Su voz no podía faltar en los recientes acontecimientos. Su análisis —cáustico unas veces, duramente polémico otras, pero siempre riguroso y trascendente— ha contribuido a aclarar los aspectos más decisivos de los hechos de mayo.

La lucha en las calles y en las urnas ha oscurecido —al generalizar en inevitable y violento maniqueísmo la confrontación entre ambos bandos— algunos de los problemas de fondo planteados por la rebelión juvenil. Uno de los temas específicos de carácter fundamental, en debate a nivel universitario, fue el de la relación «profesor-alumno» que actualmente rige en los centros de estudio franceses. Sartre ha meditado sobre él, y en unas recientes declaraciones polemiza con una figura muy conocida, el profesor Raymond Aron, que mantuvo actitudes decididamente conservadoras. Reproducimos en exclusiva para España unos fragmentos del texto sartriano, en la seguridad de que han de servir para comprender más cabalmente los supuestos que sustentaron la «contestación» estudiantil.



¿QUE es lo que quieren? Se responde que «poder estudiantil». Eso es no decir nada mientras no se intente definir su posición en la Universidad y en la sociedad, que ya no es la misma que la nuestra hace treinta o cuarenta años. Cuando yo tenía veinte años ya protestábamos contra el sistema de las clases «ex cattedra». Pero éramos poco numerosos y, desgraciadamente, nos tomábamos por una élite. Éramos veinticinco en la Escuela Normal —una promoción—, teníamos una biblioteca maravillosa, unos cuchitriles para trabajar, habitaciones para dormir, un poco de dinero para divertirnos. Considerábamos que los libros eran mejores que las clases —y era verdad— y nuestra forma de manifestarlo consistía, sencillamente, en no asistir a clase. En un año fui solamente una vez a la Sorbona, cuando los estudiantes de derecha decidieron boicotear las clases de un profesor cuyas ideas no les gustaban. Aquel día, todos los alumnos de la Normal, que nunca ponían los pies en la Sorbona, se presentaron en ella.

### un saber sin valor

En la actualidad las cosas son por completo diferentes. Los estudiantes se han hecho tan numerosos que ya no pueden tener con los profesores las relaciones directas —ya difíciles entonces— que nosotros teníamos. Hay muchos estudiantes que ni siquiera ven al

profesor. Se limitan a oír, por un altavoz, a un personaje totalmente inhumano e inaccesible que les recita una lección cuyo interés para ellos no lo gran captar en absoluto. El profesor de facultad es casi siempre —ya lo era en mis tiempos— un señor que ha hecho una tesis y la repite el resto de su vida. Es, también, alguien que posee un poder al que se aferra ferozmente, el de imponer a los demás, en nombre de un saber que ha acumulado, sus propias ideas, sin que los que le escuchan tengan derecho a discutirlos. Ahora bien, un saber que no es constantemente criticado, sobrepasándose y reafirmándose a partir de esta crítica, no tiene ningún valor. Cuando Aron, al envejecer, repite indefinidamente a sus estudiantes las ideas de su tesis, escrita antes de la guerra de 1939, sin que quienes le escuchan puedan ejercer sobre él el menor control crítico, ejerce un poder real, pero que desde luego no está fundado en un saber digno de ese nombre.

¿Qué es el saber? Es siempre algo que no es lo que se pensaba, que ya no sirve porque una nueva observación, una nueva experiencia han sido llevadas a cabo con mejores métodos o mejores instrumentos. Luego estas nuevas experiencias son a su vez puestas en tela de juicio por otros sabios; unos, retrógrados, otros, más avanzados. Siempre ocurre así. La teoría de Einstein nació de una reflexión

sobre la experiencia de Michelson y Morley que contradecía los postulados de la física de Newton. De ella surgió la relatividad einsteiniana, que a su vez ha sido controvertida treinta años después.

Pero los estudiantes, se dirá, no pueden criticar útilmente la enseñanza de un profesor puesto que, por definición, aún no saben nada. En primer lugar, el que no sabe nada sabe siempre un poco más de lo que parece, como aquel esclavo al que Sócrates hizo redescubrir un teorema matemático. Y, además y sobre todo, la cultura no puede transmitirse más que si se deja a la gente, en todo momento, la posibilidad de discutirla.

A este respecto yo cuento con dos experiencias muy significativas. Cuando era profesor en el instituto de Lyon tenía como alumnos a hijos de grandes explotadores agrícolas para quienes una perra era una perra, una mesa una mesa, un toro un toro. No podía ni plantearse el hacerles salir de este buen sentido materialista. Entonces me dije que había que empezar el año azuzándoles un poco y explicándoles el idealismo kantiano. Su resistencia fue feroz. La idea de que la realidad llamada exterior estuviera constituida por la unidad interna de nuestra experiencia les resultaba insostenible. Sin embargo, después de un mes de discusiones me dijeron: «Hemos comprendido». Y durante todo el resto del año me amargaron la vida

proponiéndome las teorías de Kant a todo lo que les explicaba; las habían asimilado tan bien que siempre volvían a ellas...

Más tarde, y en contrapartida, en el Instituto Pasteur, de París, di mis clases «ex cattedra». Los alumnos no discutían nada. Les daba igual que el universo fuera una realidad exterior o una sucesión ligada de representaciones, que los niños sintieran deseo por su padre o por su madre. Todo les iba. Los periódicos y la radio les habían ungido de una falsa cultura. No discutían nada y, al final del año, no sabían nada. La única manera de aprender es discutir. Esta es también la única manera de llegar a ser un hombre. Un hombre no es nada si no discute. Pero debe también ser fiel a algo. Un intelectual, para mí, es esto: alguien que es fiel a un conjunto político y social, pero que no deja de ponerlo en cuestión. Sucede, naturalmente, que se produzca una contradicción entre la fidelidad y la discusión. Pero esto es buena cosa, se trata de una contradicción fructífera. Si hay fidelidad sin «contestación», las cosas no marchan. Ha dejado uno de ser un hombre libre.

### unos islotes ridículos

La Universidad se ha hecho para formar hombres que discuten. Dicho de otro modo, un hombre de cuarenta y cinco años debería saber que las ideas que se ha formado, des-

LAS "BASTILLAS" DE RAYMOND ARON

# ¿ PROFESORES O MAESTROS ?

POR JEAN PAUL SARTRE

pués de haber puesto en cuestión las de la gente que le ha instruido y ayudado, serán puestas en cuestión a su vez, dentro de cinco años, por aquellos a quienes él mismo ha instruido, que dirán: «Ya no es eso, es otra cosa». Este es, en el fondo, el primer síntoma de envejecimiento. Llega entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. Pero si después de haber dicho lo que se tenía que decir se aprende a discutir con los demás, entonces puede uno prolongar un poco su edad madura, su vida útil.

Ahora bien, todavía tenemos en la Universidad actual esos islotes ridículos que son las clases «ex cátedra», dadas por señores que nunca se ponen en entredicho. Me apostaría un ojo de la cara a que Raymond Aron nunca se ha puesto en entredicho, y por eso es por lo que, para mí, es indigno de ser profesor. Evidentemente, no es el único, pero me veo obligado a hablar de él porque, en estos últimos días, ha escrito mucho. En particular, lo que sigue: «Es inconcebible que los estudiantes participen de un modo u otro en la elección del profesor». ¿Por qué? Porque el poder basado en el saber debe, según Aron, transmitirse de profesor a profesor, de adulto a adulto. Debe ser conferido desde arriba, lo mismo que los nobles, y no los burqueses, eran quienes, bajo el Antiguo Régimen, tenían el poder de ennoblecer a alguien.

Esto es normal, explica Aron,

porque los estudiantes no saben nada: unos estudiantes de primer año no pueden juzgar las clases de un señor al que aún no han oído. Quiero señalar algo, y es que la mayor parte de los profesores que, en una facultad, eligen a otro, no pertenecen a la asignatura que enseña y no tienen la menor idea sobre el valor de sus clases. Dicho esto, no son sólo los estudiantes de primer curso los que pueden tener que pronunciarse sobre la elección de un profesor. Están los de segundo y tercer curso, que han seguido sus clases y saben muy bien lo que opinan de ellas. Todos deben votar juntos.

Aron dice aún: «Es inconcebible que los estudiantes ejerzan de uno u otro modo la función de examinadores». ¿En nombre de qué? ¿Por qué los estudiantes de doctorado no podrían ser admitidos, en caso necesario, para juzgar los conocimientos de los estudiantes de licenciatura? Se trata, por el contrario, de algo tan concebible que ha ocurrido con frecuencia en Europa, en períodos de guerra o de revolución, que los estudiantes sustituyan a profesores que habían muerto o que habían huido.

## **barrera contra Hegel**

Incluso si se trata de hacer participar en un tribunal de examen a estudiantes del mismo nivel que los que se examinan la operación no tiene nada de absurdo, ya que todo el mundo sabe la importancia

que tienen en un examen el humor, las manías intelectuales, las obsesiones del profesor. Si se ha levantado con el pie izquierdo va a ponerles por la mañana «doses» y «cuatros» a alumnos que habrían sacado un «diez» por la tarde. Y luego están sus opiniones. Me acuerdo, por ejemplo, de Gurvitch: si uno no le recitaba sus lecciones de sociología exactamente como él las había dado, con «a)», «b)», «c)»... se había caído. Otro ejemplo: Lachelier, que decía: «Mientras sea presidente del tribunal de cátedra, el que en un ejercicio hable de Hegel no aprobará». Y, efectivamente, durante unos años, Lachelier impidió que la filosofía de Hegel se introdujera en Francia, mientras se extendía en Inglaterra y en Italia. Del mismo modo, Brunschwig —nosotros asistíamos a sus clases en la Sorbona porque nos parecía más astuto que los demás— ni siquiera citó los nombres de Hegel y de Marx en sus dos primeros libros y en el siguiente no consagró más que ocho páginas al primero, siempre sin una palabra sobre el segundo.

Eso es la enseñanza incontrolada e incontrolable que se nos daba y que aún se nos da. Por ello es necesario que los estudiantes, no sólo los del año en curso sino los del año siguiente, estén presentes para, en caso de necesidad, corregir un error, compensar un salto de humor, y que el profesor sepa que es juzgado al mismo tiempo que juzga. Esa

es la cuestión. Si el que juzga no es juzgado a su vez no hay verdadera libertad.

Tampoco la hay cuando —como ahora es el caso— todos los exámenes se convierten en oposiciones. Es siempre cuestión de números. Si se parte de que hay «demasiados» estudiantes y se está decidido a no admitir más que un determinado número, se está ante una oposición. Cuando los estudiantes dicen: «No más exámenes», esto significa en realidad: «No más oposiciones; basta de una Universidad que sirve para fabricar un 5 por 100 de élite y un 95 por 100 de desperdicios». Piden lo contrario: un sistema que permita al 100 por 100 de los ciudadanos adquirir una cultura sin que los medios de especializarse, de hacerse matemático o cardiólogo sean por ello rechazados.

Lo que hay que suprimir es el actual sistema de selección. Que ello no es imposible lo demuestran los progresos realizados en la lucha contra una selección que en otro tiempo se consideraba «natural»; la realizada —desde abajo— con los niños retrasados. Hace treinta años, cuando se tenía un hijo retrasado, se le mandaba a Ville-Evrard, o al campo. Quedaba definitivamente al margen, pero no retrasaba a los demás niños. En la actualidad se han puesto al día técnicas de recuperación que permiten reintegrar en la sociedad por lo menos a la mitad de los niños retrasados, gracias a un cambio de óptica. En

## ¿PROFESORES O MAESTROS?



lugar de pensar en función de una élite y de decir al niño: «Tú nunca serás como los otros, tú eres un pequeño salvaje», se le dice: «Tú eres un hombre, la cultura te pertenece, puedes trabajar con los demás». Y cuando se le sabe ayudar, el niño lo consigue...

A otro nivel, ésta es exactamente la revolución que hay que hacer en la Universidad. Es preciso que los profesores se fijen la tarea no de localizar entre la masa de estudiantes a los que les parecen dignos de integrarse a una élite, sino de hacer acceder a la masa entera a la cultura. Esto supone, evidentemente, otros métodos de enseñanza. Esto supone, también, que cada uno se interese por todos los estudiantes, intente hacerse comprender por todos, les escuche tanto como les habla. Esto supone que no se considere, como lo hace Aron, que pensar sólo tras el propio pupitre —y pensar lo mismo desde hace treinta años— representa el ejercicio de la inteligencia. Esto supone, sobre todo, que cada profesor acepte ser juzgado y discutido por aquellos a los que enseña, que se diga: «Me ven desnudo». Es molesto para él, pero tiene que pasar por eso si quiere volver a ser digno de enseñar. Es preciso que los estudiantes puedan ver a Raymond Aron desnudo. No se le devolverán sus ropas mas que si acepta la «contestación».

### las dos dimensiones de la libertad

... Había dos puntos de vista. Unos decían: «Hay que luchar por imponer una "Universidad crítica" autogestionada en la que la relación profesor-alumno y la relación de todos con la cultura sean fundamentalmente transformadas». En el caso de los estudios de Medicina, por ejemplo —ciertos

grupos de estudiantes preparan ya proyectos concretos—, ya no se tratará sólo de asimilar cierto número de conocimientos, sino de plantear al mismo tiempo el problema de la relación médico-enfermo, de las relaciones entre los médicos y, en último término, del papel de la Medicina en la sociedad. Los estudiantes deberán redefinir la profesión que han elegido, decidir si el médico debe ser un técnico de tipo especial que trabaje al servicio de una clase o un hombre perteneciente a la masa y llamado por ella a curar. Ni que decir tiene que la forma de la enseñanza y el propio contenido del saber serán modificados por un cambio de definición y que el médico que llegue al final de los nuevos estudios no será lo mismo que el actual. Lo mismo ocurre con las demás disciplinas. La adquisición del saber irá de par con una reflexión crítica sobre la utilidad social de este saber, tanto que la Universidad ya no fabricará hombres «unidimensionales» —cuadros dóciles, sometidos a tests y alienados por el sistema burgués—, sino hombres que habrán vuelto a encontrar las dos dimensiones de la libertad: la inserción en la sociedad y su simultánea «contestación».

A quienes proponen este ideal universitario les responden otros: «La Universidad crítica no es realizable. Miren la de Berlín: permanece al margen, aislada como un quiste en la sociedad alemana. ¿Qué Estado capitalista se prestaría a financiar una Universidad cuya finalidad confesada fuera demostrar que la cultura es anticapitalista? Antes que la Universidad crítica hagamos la crítica de la Universidad. Una Universidad que se nos va a volver a hacer poco más o menos lo mismo que era. No desertemos de ella, continuemos criticándola vigorosamente —si es necesario por la vio-

lencia— el saber que en ella se dispensa y sus métodos de enseñanza».

Las dos actitudes, en mi opinión, no son inconciliables. Creo que en la Universidad podría haber «sectores críticos». No podrá impedirse a los estudiantes de Medicina, si están dispuestos a ello, que hagan un trabajo en profundidad sobre lo que podría ser una auténtica medicina social. Incluso podrían concedérseles salas para ello y un arreglo de los horarios de estudio. No se tratará de una «Facultad de Medicina crítica», sino que en su seno habrá un enclave en el que podrá realizarse una investigación positiva.

La posición que consiste en decir que «el gobierno no es un interlocutor válido y estamos dispuestos a rechazar todo lo que proponga», me parece peligrosa porque, entonces, el gobierno puede decir: «En estas condiciones haré lo que quiera». Vale más luchar para imponer reformas... Esta es la teoría del «reformismo revolucionario» de Gorz, que permite mantener una evolución constante radicalizando cada vez un poco más la reivindicación.

Contrariamente a los que hablan ya de su «congolización», soy optimista respecto a la evolución de la Universidad francesa porque tengo la mayor confianza en lo que hagan unidos los estudiantes y el cuerpo de profesores franceses, que es muy notable y vale tanto como el de cualquier otro país. No veo por qué razón no han de llegar a encontrar soluciones. Lo que piden los estudiantes es conservar, bajo una u otra forma, en el interior de estructuras conquistadas o concedidas, un poder de «contestación». Creo que hay un gran número de profesores capaces de aceptar esto. Después de todo, la otra noche, yo estaba con los estudiantes y propuse una discusión sobre

la Universidad crítica. Hice preguntas, me respondieron, respondí a mi vez, otros «contestaron» lo que yo había dicho, todo ello en silencio, en un perfecto orden. Aseguro que si una clase en la que yo hubiera sido profesor se hubiera manifestado así, habría estado encantado.

Naturalmente, yo no tenía más poder que el que ellos me habían concedido. Si me hubieran dicho que me fuera no habría tenido más que marcharme, mientras que en la Universidad antigua era yo el que hubiera podido hacer irse a los estudiantes. Pero, de otro lado, el poder «concedido» del que disponía —el de un mediador que debe hacer el esfuerzo de imponerse interesando a aquellos a los que habla, haciéndose comprender por ellos— era infinitamente más satisfactorio que cualquier poder «de derecho». Me sentía mucho más «soberano» cuando se hacía el silencio que si hubiera hecho un discurso de distribución de premios, con el prefecto a mi izquierda y el director a mi derecha ante unos alumnos petrificados. Si a uno le «contestan», aunque sea violentamente, pero también le escuchan, está mucho más contento no sólo de sí mismo sino de sus estudiantes, que si le escuchan en un silencio ominoso. Es algo mucho más estimulante.

### primero, aprender a conocerse

Contrariamente a lo que se quiere hacer creer, los estudiantes no se niegan a que se les enseñe algo; piden, simplemente el derecho a discutir lo que se les enseña, a comprobar que aquello tiene un sentido, a asegurarse de que no se les hace perder el tiempo...